

# **El Sabor de la Nostalgia**

**Por**

**Mercedes Eleine González**

***Free***editorial 

## UN VIAJE SIN REGRESO

Por las noches, cuando subía a mi cuarto y ponía mi cabeza en la almohada, sentía deseos de echarme a correr y no parar hasta subir las escaleras de mi apartamento de la zona 12 en Alamar, La Habana, Cuba, pero.... me detenía el mar.

Entonces como sabía que era totalmente imposible, no me quedaba otro remedio que echarme a llorar porque extrañaba mi vida anterior, todo lo que había dejado atrás, sabía que nunca lo iba a recuperar y me daba mucho dolor. No podía dejar de llorar. Algo se había roto dentro de mí y no se iba a componer jamás. Tenía la certeza de que no volvería a ser la de antes y esto me dolía profundamente.

Cuando salí de Cuba no me despedí de nadie. Por duro que pudiera parecerle a los demás fue la vía más factible que encontré, la única solución al alcance de mis manos. No me despedí de mis vecinos con los que llevaba viviendo más de veintisiete años, ni de mis compañeros de trabajo porque no quise pasar malos momentos. Estaba segura de que algunos me iban a mirar despectivamente, mientras otros me abrazarían deseándome toda clase de suerte y no tenía deseos de sentirme mal. Ni siquiera me despedí de mis libros, los que llenaban todo un panel en la pared entre mi habitación y el baño y un gran librero en la sala de mi apartamento que la independizaba del comedor colonial, dándole un toque íntimo y acogedor; mis libros que todavía extraño y cuya pérdida aún me duele.

No lo hice por la sencilla razón de que no tenía fuerzas para hacerlo. Las despedidas me ponen triste, sé el dolor que causaría en los demás y en mí misma. Aunque ignoraba lo que era una salida definitiva del país, dejar toda mi vida anterior atrás suponía un acto doloroso al que no me podría sobreponer con facilidad y eso estaba más allá de mis propias fuerzas. Entonces pensé que lo mejor era hacer mutis por el foro sin decirle nada a nadie, aunque esto también era muy fuerte.

Yo no estaba loca por irme de Cuba, yo sencillamente me iba de Cuba porque tenía un hijo cubano-americano que me reclamaba por reunificación familiar y creí razonable que debía estar donde estaba mi hijo, por un problema de lógica.

Siempre fui tan apática desde el punto de vista político que si la Revolución seguía su inexorable curso a mí me daba lo mismo. No era patrioter, más bien apática e indiferente, y me había resultado muy difícil disimular y sortear los diversos escollos que me había encontrado a lo largo de un camino en el cual todo lo que se moviera tenía que estar matizado de lemas

patrioter, marchas, reuniones de cederres y vigilancia constante de mis propios vecinos, algo que jamás formó parte de mi manera de ser. Los llamados “apáticos” no tenían cabida en Cuba. Yo nunca tuve cabida en ninguna de las esferas en las que me moví en mi país, ya estaba acostumbrada a sentirme como un pez fuera del agua. Y créanme, es algo bien molesto.

Tenía un motivo muy fuerte para mi decisión: mi hijo, quien se había marchado de la Isla a principios de 1995 y al que ya hacía once años que no veía. La añoranza se hacía cada vez más insoportable, irresistible, y decidí por propia convicción que había llegado la hora de dejar de fingir, de mostrarme tal y como era, de abandonar la doble moral que por tantos años había adoptado como la única manera de sobrevivir en un medio agreste y hostil.

La víspera mi única hermana me visitó para recoger algunas cosas que le había regalado previendo, como le dije, que quizás me iría algún tiempo después. No quería levantar sospechas en el vecindario; mientras más discreta fuera sería mejor. En Cuba en esta etapa era preferible actuar con prudencia y discreción.

Mientras mi hermana y yo nos tomábamos en la sala un cafecito medio amargo como a ella le gustaba, estuve a un paso de decirle que era la última vez que nos veíamos en mucho tiempo, pero una vez más la cautela, el temor a herirla, el dolor y, sobre todo, el inmenso cariño, me hicieron callar. Ahora pienso que fue un acto de cobardía el no atreverme a decirle de frente la verdad. Tuve miedo de que me espetara en pleno rostro que yo la abandonaba porque ¿no era realmente un abandono lo que estaba a punto de hacer?

Cuando al fin terminó de acomodar en la camioneta de un amigo los muebles y algunos libros que le dejé, la miré largamente allí en la acera para fijar su imagen en mi retina y los ojos se me llenaron de lágrimas, que ella no vio porque mis gafas de sol eran lo suficientemente oscuras para ocultarlas.

—Te llamo mañana temprano— me dijo.

—Sí, claro —le respondí apenas con un hilo de voz.

—Ah, y este fin de semana vengo por aquí para que me cueles otro cafecito tan rico como ése que nos acabamos de tomar —me dijo ya desde la camioneta donde se iban parte de mis muebles, mis queridos libros y la única familia que me quedaba en Cuba.

—¡Te voy a esperar! —le grité desde la acera, mientras la camioneta se alejaba y me desprecié por mentir de aquella manera. Luego subí corriendo las escaleras de mi apartamento del tercer piso, de la zona 12 de Alamar, anegada en incontenible llanto. Alex me esperaba en la puerta con cara de inconformidad, no aprobaba la forma en que yo decidí actuar.

—Te dije que se lo dijeras —habló con firmeza. — No hay porqué engañarla.

—Es mejor así, Alex; no puedo hacer otra cosa, ¿qué querías, que en medio de la visita le dijera que era la última vez que nos íbamos a ver y que mañana temprano me iría del país? ¿Que la abandonaba, que lo dejaba todo, que no sé cuándo volvería; ni siquiera si alguna vez volvería? ¿No te parece demasiado fuerte para ella y para mí? ¿Cómo crees que iba a dormir esta noche?

No dijo nada más. Yo me sumí en mis pensamientos, él en los suyos. Era la última vez que estaríamos juntos, quizás también nunca más nos volveríamos a ver, y eso era muy triste para mí. Nos queríamos mucho pero la vida a veces pone encrucijadas y debemos actuar como nunca antes habíamos pensado. Yo no quería llorar. Estaba de pésimo humor. No tenía ganas de leer, ni de ver televisión, ni de conversar, ni de comer. Estaba en pleno estado depresivo. Era lógico.

Esa noche me tomé una pastilla para dormir y me acosté enseguida tratando de no pensar cómo sería el día siguiente. Teníamos que estar en el aeropuerto a las 7:00 a.m.; el chofer del carro nos dijo que estuviéramos listos lo antes posible. Yo no quería que algún vecino temprano me viera en esos trajines. Una especie de euforia inexplicable empezó a invadirme.

Apenas sonó el timbre del despertador me tiré de la cama. Ya Alex, tan precavido como siempre, se había levantado y colado café. Me di cuenta de que evitábamos mirarnos a los ojos. No quería flaquear porque sentía que lo amaba más que nunca en esos últimos momentos junto a él. Cuando él estaba de espaldas lo miré como saboreando el placer de haber disfrutado por varios años a un hombre joven y hermoso que estaba a punto de perder, pero ya a estas alturas ni siquiera eso me importaba.

Alex me trajo una tacita de café humeante y me dijo con su dulce y tierna manera de tratarme:

—Tómatelo, luego vas a sentir hambre y no vas a querer comer. Te conozco.

Sentada en una silla, que era todo lo que quedaba del mobiliario de aquella sala antes abarrotada, me bebí el café buchito a buchito, saboreándolo con el paladar, un café mezclado con chícharos, endulzado con azúcar prieta y que a mí me sabía a lo mejor del mundo porque nunca había probado otro diferente.

Cuando me vestí, camisero clásico de color gris, chaqueta de entretiempo por si soplaba alguna brisa tempranera y unos cómodos zapatos de medio tacón, le dije decidida a Alex: “vámonos”.

Miré mi pequeño y modesto apartamento donde había vivido durante veintisiete años, donde fui feliz hasta que sufrí los primeros rigores de la soledad que me golpeó fuertemente; donde crie con sacrificios y carencias a mi único hijo, el mismo que ahora me reclamaba como ciudadano americano desde el “Norte revuelto y brutal” por reunificación familiar. Toda mi vida se quedaba entre aquellas cuatro paredes que sabían más de mí que yo misma. No nos percatamos de lo que significa cortar nuestra vida abruptamente hasta que pasan los días y los meses, y entonces es que nos damos cuenta de lo que es emigrar. El que emigra se enfrenta a lo nuevo, a lo desconocido, y sufre un desgarramiento interno, un desarraigo de identidad de manera paulatina. La adaptación es un proceso que requiere de mucho valor para aprender a vivir otra vida con una especie de melancolía que obnubila tus estados de ánimo, pero nada de esto lo sabes hasta que lo enfrentas y ya es demasiado tarde para volver atrás.

Al cabo del tiempo el emigrante se sume en un estado que no comprende, ni es de allá ni de aquí, permanece en una tierra de nadie mientras lucha por insertarse en la nueva sociedad. Se bate día a día entre recuerdos del pasado reciente, del cual va perdiendo poco a poco conexión, y la nueva situación lo que le resulta violento; es un paso difícil desde cualquier punto de vista y hay que tener mucha fuerza interior para adaptarse del todo al nuevo medio. Tiene que llenarse de coraje para no echarse a correr hacia el pasado porque no hay vuelta atrás, aunque todos los días el pasado lo reclame. Hay que enterrar el pasado para aprender a vivir en el presente.

Aún el cielo estaba muy oscuro y no se atisbaba la claridad del nuevo día que se iba abriendo paso con dificultad. El carro, puntual —cosa rara en los cubanos— esperaba allá abajo. Silenciosamente, con lo imprescindible, una bolsa grande de mano y un maletín con alguna ropa y varios libros por todo equipaje, bajé las escaleras.

Nos sentamos detrás del chofer. Ya en el refugio del asiento trasero del auto miré cada edificio, cada detalle de las calles y las aceras, cada gente que caminaba a esa hora matutina presurosa para su trabajo o para la panadería a buscar “el pan nuestro de cada día”, los hermosos framboyanes de El Círculo Infantil de la esquina, que sólo eran arbolillos raquíuticos cuando me había mudado a este reparto inmenso, ahora vetusto, como una favela de edificios despintados que guardan en secreto la vida de sus habitantes con el recelo de tesoros escondidos.

Respiré profundamente el aire frío de la madrugada que rompía el alba, y sentí en mis fosas nasales como dos finas espadas que atravesaban mi garganta y llegaban a mis pulmones; entonces tuve la dolorosa certeza de que era la última vez en mi vida que pisaba aquellas calles y que tendría a mi lado un hombre como ése que había vivido para mí durante más de ocho años, y que

yo abandonaba sin la más leve esperanza de un reencuentro y sin la más lógica explicación de por qué lo hacía. Estaba como vacía, no sentía nada, ni siquiera tristeza. El carro rodaba y yo miraba hacia la calle y la gente, pero estaba muy lejos de allí. Mi mente divagaba entre el presente que huía y el futuro incierto que desconocía.

Dejaba el amor, me iba de su lado, me aventuraba sin él después de haber sido muy feliz. Era algo incomprensible. Tal vez en el fondo de mí misma, muy allá dentro de mi corazón de mujer maternal yo lo protegía porque ni yo misma sabía a lo que me iba a exponer. Dejaba lo más puro y mejor que me había pasado en la vida, al mejor hombre que tuve y tendré, al más caballeroso, al mejor amigo, al más atento, servicial y cálido ser humano que me acompañó un buen trecho de mi existencia. Al compañero fiel y leal de quien nunca llegué a tener una duda de nada. Al más completo e íntegro hombre que toda mujer desea, y que yo tuve y perdí por mí misma, sin razones tangibles, sin motivos concretos. Duro precio el de la libertad cuando te sumes en la esclavitud de un sentimiento que luego se difumina en la sombra del tiempo.

## **LA PARTIDA**

Nunca me han gustado las despedidas porque, aunque parezco una persona fuerte, cuando llega ese momento me aflojo, y eso lo quería evitar el día que me fui definitivamente de Cuba. A veces tenemos que despedir a nuestra madre, o padre o hermanos, hermanas, familia cercana y seres que hemos amado y amamos de manera entrañable, y no sabemos cuándo los volveremos a ver; ni siquiera sabemos si los volveremos a ver y no tenemos fuerza para enfrentar ese momento. Es muy duro ver un rostro amado y tener la certeza de que quizás nunca más lo volveremos a tener de esa manera, tan cerca de nosotros; la vida es una suerte de despedidas consecutivas de toda índole y tenemos que hacerlo aunque no queramos porque ese alguien de quien nos despedimos nos llevará al aeropuerto. Esa tarea recayó en Alex, mi maravilloso compañero, amigo y amante durante más de ocho años, y a quien ahora yo dejaba por emprender la travesía a otro país en donde comenzaría una nueva vida a partir de cero, como todos los que emigran.

“Mi vida se bifurcará en un punto donde no hay retorno” —le había dicho varias veces al principio de nuestra relación y él lo había aceptado— “no puedo llevarte conmigo, no te aseguro que estaremos juntos para siempre”. Con esa convicción vivimos nuestro amor, sin pensar jamás en el futuro, en lo que pasaría si es que llegaba el momento de la separación. De esa manera

fuimos felices porque había sido el mejor hombre de mi vida. Quien lo iba a decir, tan joven, tanto tiempo que lo conocía y nunca reparé en él, hasta un día...

Por el este una tenue claridad se filtró a través de la densa oscuridad y enseguida, como por arte de magia, el alba coloreó el nuevo día; un día bajo el cielo cubano que ya yo no iba a ver.

En el aeropuerto Internacional José Martí de La Habana, capital de Cuba, la muchedumbre y el despegue de los aviones, a los que no estaba acostumbrada, me aturdieron. Deseé como nunca estar lejos del “mundanal ruido”. Alex a mi lado me ofrecía apoyo y seguridad, me miraba con tanto amor y devoción que me sentía segura, a cada rato me decía: “ánimo, Pelusa” sonriendo para darme coraje.

Si llegué hasta allí era porque nada se había interpuesto en mis gestiones migratorias. Y siempre dije que seguiría hasta que algo lo impidiera. Pero nada lo impidió. Dios estuvo conmigo siempre, en cada gestión, en cada papel solicitado por Inmigración Cubana, en cada detalle burocrático y aunque me retuvieron la Tarjeta Blanca —documento de permiso de viaje definitivo al exterior— más allá del tiempo establecido porque fui periodista en Prensa Latina y aún no tenía los cinco años reglamentarios de haber solicitado mi renuncia de la agencia, una vez entregada mi solicitud firmada por el Presidente de la misma, me dieron mi Tarjeta, y ya con ella en la mano compré mi boleto para “tierras de libertad”.

Aún faltaba revisar el pasaporte, que es donde muchos temen que los viren para atrás porque encuentren algo que no está correcto y les nieguen la salida, pero yo no tenía ese tipo de temor. El mío era otro. Era precisamente el tamaño del avión. Cuando miré aquel aparato en el que iba a viajar me espanté, parecía un juguete. Atravesar toda la porción de mar que separaba ambos países y recorrer la distancia a una altura de varios miles de pies del suelo me pareció verdaderamente espeluznante en aquella cáscara de nuez. Yo siempre le he tenido respeto a los aviones, pero si son enormes, el miedo mengua y mientras más pequeños mi temor aumenta. Mi temor fue formidable porque el avión no podía ser más pequeño. Me costaba trabajo aceptar que dentro de aquella minúscula cabina viajaría una hora completa; seguro que se movería en el aire como una barcaza en medio del fragor de una tormenta en alta mar... Pero en honor a la verdad, fue el viaje más perfecto de mi vida.

Luego de los rigores del pasaporte y después de estamparle un sello oficial que no miré y que imagino decía algo así como “aceptada salida definitiva”, me hicieron entrar a un lugar donde Alex no tenía acceso. Fue ahí donde me di cuenta de que ya no íbamos a estar juntos nunca más, de que ambos separábamos nuestras vidas sin saber hasta cuándo. Retrocedí, lo miré y nos

besamos rápidamente. Intenté darle fuerzas porque le dije: “sé fuerte, ya ves que no lloro”.

Di media vuelta y entré, pero casi inmediatamente giré para volver a mirarlo. Algo rompió mi corazón, Alex lloraba como lloran los hombres, con ese sentimiento profundo del que pierde algo muy amado, gruesas lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas, esas mejillas que yo tanto había besado.

“No, Alex, no lo hagas, yo tampoco voy a poder”.

Un dolor agudo y penetrante se abrió paso en mi pecho, subió hasta mis ojos y estalló en ahogados sollozos. Casi no podía moverme porque verlo llorar fue algo superior a mis fuerzas; su llanto me conmovió. ¿No hubiera sido mejor irme con él? Cuando emigras no sabes lo que te espera, vas a enfrentar un monstruo que se puede trocar en gigantesco o en un novedoso viaje placentero. No, no me gustan las despedidas.

Desde lejos me tendió su pañuelo y yo volví a salir para abrazarlo, quería sentir su cuerpo contra el mío sabiendo que era la última vez en mi vida que lo iba a tener tan cerca; lo abracé y sequé mis lágrimas: “no llores, por favor, si no yo no voy a poder parar de llorar”.

Entré nuevamente y me sustraje; traté de olvidarme de todo, de la gente, del ruido y de él que lloraba allá afuera mi partida. Me concentré en aceptar el tamaño del avión. No quería mirar más lo que estaba dejando atrás para siempre. Cinco minutos más y ya todo sería pasado. El pequeño avión comenzó a calentar sus motores y yo me encomendé a Dios, que en momentos de apuros me tiende su mano sin reparos. Un rato después sentí cómo tomaba altura y no quise mirar para abajo para no impresionarme; mi corazón era un caballo desbocado en medio del pecho mientras mi respiración intentaba ser tranquila. Un ligero susto me acompañaba. Sin embargo, pasado el primer momento del despegue una rara tranquilidad me invadió y me sentí segura y feliz, rumbo a un destino incierto y desconocido.

¿Cómo sería Miami? ¿Qué me encontraría? Recordé lo que una amiga me dijo meses antes: “cuando comiences a ver los cayos en medio del mar es que ya estás llegando a Miami”. Aquellos cogotitos que se veían allá en la lejanía en medio del verde azul marino tenían que ser esos mismos cayos que me habían anunciado. El avión, pequeñito como un juguete, se comportó como un gigante del aire; fue el viaje más tranquilo que he hecho en mi vida. Ya estaba llegando a tierras de libertad.

## MIAMI



Una vez dejado el bus que nos recogió en el aeropuerto Internacional de Miami nos dividieron en dos grupos, el de los visitantes temporales y los que veníamos de manera definitiva. En la Oficina de Inmigración no tardé ni una hora, por lo que salí más pronto de lo calculado. Busqué la salida E y con mi maletín a cuestas, en un carrito, me dispuse a ver el grupo familiar que de seguro me esperaba desde hacía horas. No tenía celular, no tenía dinero y no sabía hacer una llamada telefónica desde aquí. Por sorpresa, no había nadie de mi familia esperando mi llegada. Nada de eso me amilanó. Para quien ha vivido muchos años absolutamente sola en Cuba, en medio del régimen político más represivo y bajo el rigor más austero del mundo, eso no era nada. Una nimiedad.

Esa tarde no comí, el hambre desapareció y me sentía caminar entre brumas, absorta por los acontecimientos que se atropellaban en mi mente como una película pasando fuera del orden lógico de los veinticuatro cuadros por segundo. Todo me parecía inmenso, las calles anchísimas, los carros de locura pasando a nuestro lado como cohetes, ni un alma que te saludara o te mirara diciéndote algo; calles, calles, calles, carros, carros, carros, casas, casas, casas, en cada esquina un mercado, un restaurante, una cafetería, un negocio, anuncios, propaganda capitalista, ¡uf! ¿Adónde llegué? ¿Había dejado atrás toda mi vida para siempre, estaba por fin aquí, en la “cuna de la mafia anticubana”? ¿No estaba todavía en la tibieza de mi cuarto de Alamar, bajo el refugio de los brazos de mi querido Alexei, escuchando alguna canción en la radio de la mesita de noche de mi cama? ¿Sueño o ya desperté?

Mi apartamentico pequeño y acogedor, las paredes de mi casa que tanto conocí y que tanto me conocían; mi cocina, el patio de rejas altas entre las que yo miraba la casa de los vecinos de enfrente y sabía cada movimiento de cada hora del día; el bullicio de los cubanos al hablar a cualquier hora; los niños con sus juegos que me molestaban cuando trataba de dormir al mediodía, y el aire que entraba a raudales por el balcón cuando lo abría de par en par quedaron muy atrás. La vida te pone trampas a cada instante y hay que sortearlas para seguir paso a paso adelante, por este inexorable camino hacia lo desconocido. Hacia otra dimensión, otro plano mayor u otra galaxia.

## **UNA FAMILIA NUEVA**

Durante las primeras noches lloré lo que no había llorado en toda mi vida porque algo se había roto dentro de mí y no había manera de recomponerlo. Extrañaba mi casa, mi pareja, mis vecinos, los amigos, mi trabajo, las calles, las aceras, la bulla, el ruido de los carros, las tardes, el aire, el sol, el color de

los días, el cielo azul y hasta el olor de la lluvia. Nada era igual a lo que dejé, nunca más lo sería y esa certeza me rompía el alma.

Perdería poco a poco el sentido de la identidad y todos mis recuerdos se esfumarían como volutas de humo en la brisa de una mañana cualquiera, y nada lo evitaría. Lo que más dolía era saber que me insertaría cada día más en esta nueva vida y que la otra, la que conocí, quedaría sumida en ese sitio donde van a parar las cosas amadas que nunca recobramos. Era tanta la nostalgia que a esa hora no me acordaba de los maltratos, de las injusticias sociales, de las carencias materiales, de los grandes problemas cotidianos que había afrontado por más de cuatro décadas en una Isla que cada día se desintegraba más y más desde todos los puntos de vista, tanto moral como espiritualmente.

Lo que más dolía era que ya no se podía evitar. Parecido a cuando perdemos un amor que queremos, que duele mucho pero por insoportable que resulte tenemos que afrontarlo porque no hay vuelta atrás; mientras las lágrimas corren por nuestras mejillas sonreímos para darnos fuerza interior. Así ni más ni menos. El que ha pasado por eso sabe que hay que ser muy fuerte para esbozar una sonrisa. Y más fuerte aún para mantenerla. Hacía apenas tres meses había llegado de Cuba en un viaje de una hora que había cambiado mi vida para siempre. Nunca imaginé que en tan breve tiempo pudiera cambiar tanto la vida de alguien.

La casa a la cual llegué era nueva, amplia, cómoda, alegre y fría. No era cálida como mi apartamento de Alamar. La comida me resultó insípida al principio pero luego, poco a poco, acostumbré mi paladar a una sazón menos concentrada y más saludable, si es posible. Años de obligada dieta en mi país, donde nunca se come lo que uno quiere sino lo que se puede, me hicieron una consumada cocinera. A cuanto plato que caía en mis manos le ponía “alma, corazón y vida” para que supiera bastante bien aún al paladar más exigente, porque cocinar en Cuba es un arte, y eso lo saben muy bien las amas de casa, habituadas a llevar el “pan nuestro de cada día” a la familia cubana con el mínimo de requerimientos posibles.

Más o menos al mes de haber llegado a Miami mi hijo me dijo el mejor chiste que he escuchado: “mami, tienes que aprender a manejar”. Recuerdo que me eché a reír a carcajadas porque me hizo mucha gracia aquello. Yo miraba asombrada a los carros pasar a nuestro lado tan rápidos como cohetes, que no me pasó por la mente que yo tendría que manejar en algún momento por estas calles de locura. Estaba recién llegada.

En Cuba sólo había manejado una bicicleta china, que luego cambié por una bici rusa, de las que se doblaban y se podían llevar a cualquier parte. De Alamar a Tarará invertía casi media hora en llegar al Centro Cultural toda

sofocada de dar pedal en mi bicicleta roja. Por la tarde, aunque lo tenía de frente, el sol no me molestaba porque el atardecer siempre resultaba más apacible que las mañanas por la carretera Monumental, que es la que llamamos la Vía Blanca. Aunque la loma que había que subir era casi una pendiente cerrada ahí se entrenaban las buenas piernas y los pulmones. Llegar a la cima y ver luego la bajada limpia y amplia, y allá en lo alto del cerro el magnífico edificio del Centro Cultural, era como un premio a tanto esfuerzo.

El choque con las costumbres de la nueva familia a la que traté de integrarme comenzó a mostrarse más o menos a la semana de mi llegada. Yo sentía que algo no funcionaba pero no me daba cuenta qué podría ser. Mas estaba ahí, intangible, desconocido, gigantesco, sin forma alguna. Era como una especie de angustia que me oprimía el pecho y no me dejaba respirar. No entendía bien lo que sucedía, intentaba ser parte de la misma por todos los medios pero no lo lograba.

Una mañana, como a los quince días de estar aquí y mientras colaba café en la cocina, mi hijo me dijo que debía desterrar a Cuba si me quería adaptar lo antes posible a este país. “Deja de comparar esto con aquello, mami, deja de encontrar el parecido de cada esquina y de cada calle con las de Cuba porque aquí nada se parece a Cuba”.

Sus palabras me parecieron drásticas. Mientras tanto, hacía todo lo posible por establecer las mejores relaciones con los demás, pero era inútil; siempre había leído que el medio transforma a las personas y viceversa, por eso tal vez la sociedad cambia tanto aquí a la gente que nadie te escucha. Podía ser eso, sí; quizá todo radicaba en que me debía adaptar a un ritmo vertiginoso al que no estaba acostumbrada. Luego supe que en Miami, mejor dicho, en los Estados Unidos, cuando no tienes dinero contante y sonante no vales nada, no te miran por tus valores humanos sino por lo que tienes, y yo no tenía absolutamente nada como no fuera un gran corazón y mucho amor que dar, mas no había nadie dispuesto a aceptar ese amor, a nadie le interesaba. El amor es lo que menos vale en este medio nuevo al que había arribado con muchas ilusiones.

Mi torpeza era evidente. En mi país no había tarjetas de débito, ni de crédito, nunca tuve carro, no sabía manejar, las cuerdas de aquí no tenían nada que ver con las de Cuba, todo era inmenso, todo quedaba demasiado lejos, los letreros estaban escritos en un idioma que no entendía del todo y cuando preguntaba algo generalmente no me daban la información completa. Me quedaba con sed de saber más. Pronto supe dónde quedaba el límite de las preguntas porque también aprendí dónde quedaba el límite de las respuestas.

Era como si todo lo tuviera que saber rápido y bien, sin darme tiempo siquiera a asimilar tanta información novedosa. Era alguien ajeno en un medio

super desarrollado que había caído súbitamente de un mundo raro, descubriendo las novedades de la más avanzada tecnología ante la burla de los demás. Asimilar eso después de los cincuenta es bien difícil.

—Mami, tengo que hablar contigo.

La voz venía de allá abajo, de la sala. Ya no era la voz de antaño. Se había convertido en un sonido distante y extraño para mí. Y no anunciaba nada bueno. En el poco tiempo que yo llevaba en Miami ya había aprendido a diferenciar los matices de esa voz muchas veces regañona y exigente, sin compasión alguna. Me sentía como un niño pillado con las manos en la masa. Un ligero toque a la puerta:

—Entra— dije, y disimulé mi angustia con un bostezo que intentaba darle mayor aire a mis pulmones para aparentar serenidad. Se avecinaba alguna batalla. El tono de la voz lo presagiaba. La puerta se abrió y entró mi hijo. La acostumbrada dureza de su mirada me había revelado que el muchacho de antes se había perdido en algún lejano sitio de mi memoria.

—Mami, cada vez que salgas del cuarto apaga la luz, la cuenta de la electricidad ha subido enormemente. Tienes que tener más cuidado. Esta semana necesito que me pagues la cuenta de la luz.

—¿Cuánto es, hijo mío? — le pregunté sin mirarlo a los ojos, con la seguridad de que la cuenta no había subido exactamente por mí, pero debía haber algún chivo expiatorio.

—Doscientos dólares.

—No hay problema. Me avisas y voy contigo.

—No, mejor me haces un cheque.

—Ah, está bien. Te lo doy mañana.

—Dámelo mañana antes de irme para el trabajo.

—De acuerdo.

—Otra cosa, —me dijo mientras se volteaba hacia la puerta para irse— este viernes quiero que vayas conmigo a comprar víveres, voy a hacer una factura para la casa. Necesito que me ayudes en eso.

—Muy bien. No te preocupes.

—Que duermas bien, mamá.

—Buenas noches, hijo.

Yo ganaba tan poco que una factura de víveres significaba gastar toda mi fortuna, pero había que contribuir. No quedaba otra. Sólo sabía que el hijo que

se había ido de Cuba en el noventa y cinco no tenía nada que ver con este otro de mirada adusta y ceño fruncido, casi siempre estresado. ¿Tanto cambiaba a la gente este país?

¿Dónde estás, hijo mío? ¿En qué dimensión te detuviste? ¿Dónde quedó el adolescente afable que conversaba conmigo en las claras noches parado en el balcón de nuestro apartamentico de la zona doce de Alamar? ¿Dónde el eco de tus palabras, los temas debatidos antes de tu viaje al otro lado de la orilla?

Este de aquí es alguien que acabo de conocer. No tiene nada que ver con el que aún duerme en el otro cuarto, al lado de la cocina, el que de vez en cuando me decía algo bonito y me daba un beso. Éste aún no me ha besado como el otro.

Yo no acababa de encajar en esta casa, algo pasaba que no cabía en ella. Quizás nunca quise averiguar por qué. Puede que doliera demasiado.

—¿Está brava? ¿Hay problemas?

—No. No pasa nada. No te preocupes. Ella a veces es así.

—Hijo, ¿me botaste la soda que dejé anoche en la puerta del refrigerador?

—No, mamá. No he tocado nada.

—Qué raro. Juraría que la había dejado ahí mismo.

Estaba segurísima de que había dejado la mitad de mi soda guardada en la puerta, bien tapada, pero resulta que hoy no estaba. Ya eso me había sucedido en otras ocasiones pero ni remotamente sospechaba si había alguien detrás de aquello que parecía tan insignificante. Otro tanto ocurría con las chancletas de baño, mi bata de casa, o cualquier cosa que dejaba bien guardadita. De pronto, cuando la buscaba ya no la hallaba. Ratones, eso sí, serían los famosos ratones de los cuentos, los culpables de todo lo que se extraviaba.

Una noche en que andábamos todos en el carro de mi hijo fuimos hasta el parqueo de la Universidad de Miami conocida como la FIU. De pronto mi hijo se detuvo, me dijo bruscamente que pasara para adelante y me sentara ante el timón; por supuesto, le dije que no, ¿por qué había de hacerlo? Luquitas, el menor de mis nietos, entonces de un año, lloraba a moco tendido en su sillita de atrás, mientras mi nuera entablaba una especie de dialogo con Carlitos, el más grande. Mi hijo, comenzando a impacientarse, me exigía que me sentara ante el volante. De nada valdrían mis ruegos ni mis justificaciones, la lógica no hacía acto de presencia.

No hubo momento más inoportuno para la primera lección de conducción que ése, mas “donde manda capitán no manda soldado...” Y allí mismo, en medio de la noche, con el llanto de mi nieto menor como fondo musical y la exigencia obligándome de mala forma a tomar el timón en mis manos, tuve mi

primera lección de conducción que nunca voy a olvidar.

## EL AMOR

Alex se apareció en mi casa una tarde de diciembre de 1998. Tres años atrás me había hecho la propuesta de rentarle una habitación que le negué porque yo la había convertido en una pequeña sala de estar donde habitualmente escribía en mi computadora. No deseaba tener ningún extraño en mi casa. Con el paso del tiempo se había hecho buen amigo mío, más por su persistencia que por la mía. Tocaban a la puerta y yo desde adentro respondía: “ya va”, entonces cuando abría, veía su rostro agradable y risueño y su sonrisa de intriga que no le quedaba nada mal.

A veces encendía el televisor y lo dejaba mirando cualquier programa aburrido de la Televisión Cubana mientras me iba a casa de la vecina —que tenía teléfono— a hacer alguna llamada. Alex era para mí como un búcaro de adorno al que nunca le quise poner ramo de flores. Sin embargo, esa tarde de diciembre cuando volvió a hacerme la misma propuesta tres años después, le dije que sí sin saber por qué. El caso es que llegó a mi casa para quedarse por dos meses, dos semanas antes de lo previsto porque un pequeño percance adelantó la fecha.

Yo volvía de mi trabajo en la emisora; terminaba muy tarde de editar los boletines informativos. Ya pasaba la medianoche cuando llegué a mi casa después de una odisea con el transporte y estaba cansada. Mientras me preparaba para ir a dormir pensaba en miles de cosas; ya me había quitado los zapatos y tenía puesta una bata de casa cuando sentí un toque en la puerta de la sala. Con pasos sigilosos me acerqué y pregunté con voz fuerte para que no hubiera ninguna duda de temor: “¿quién es a esta hora?”. En contraste, una voz, suave y dulce me respondió de inmediato: “Es Alex; ocurrió un pequeño accidente”. Reconocí la voz y abrí. En el umbral de la puerta, de pie y con cara de susto él me miraba: “ocurrió un pequeño accidente” repitió ante mi asombro, como si yo no lo hubiera escuchado y entonces, sin saber por qué, le hice la pregunta más tonta de mi vida: “¿me afecta a mi directamente?”. “Indirectamente, sí”, me dijo. No quiero saber que me hubiera pasado si me hubiese afectado directamente porque a partir de ese instante mi vida dio un giro de ciento ochenta grados.

Tenía una pierna enyesada y cojeaba al andar.

—¿Qué te pasó? —le pregunté con cara perpleja.

—Fui a saltar un muro y me hice un esguince.

—Oh, por Dios, mira como tienes ese tobillo.

—Vine a ver si me podías adelantar la renta.

—Sí, claro — respondí sin titubear, aunque debí haberlo hecho.

—Es que en estas condiciones no puedo irme para Pinar del Río.

—Sí, cómo no. Puedes quedarte.

—Necesito unas tijeras porque hay que cortar la parte del pantalón para que el tobillo esté libre.

—Ahora mismo las busco. Siéntate en el sofá, ponte cómodo, Dios mío, está horriblemente inflamado. ¿Qué te indicó el médico?

—Fomento frío, reposo y unas pastillas antiinflamatorias. Iba a comenzar a trabajar en Turismo. Mira qué desgracia y en qué momento.

—No te quejes. Eso pasará más pronto de lo que imaginas. Y le renté el sofá. Lo único rentable que tenía.

No pude rentarle el cuarto porque no había cama. Mi sofá, un sofá-estudio amplio y confortable situado en un rincón de mi sala, en caso de apuro se convertía en cama. Se lo renté por doscientos pesos cubanos. Él tenía necesidad y yo también. Estuvo de acuerdo. De esa manera fue como Alex vino a parar a mi casa en condición de huésped rentado por dos meses, mas una piensa una cosa y la vida dispone otra y nos complica a veces. Los dos meses se convirtieron en casi nueve años de convivencia común.

Mis días se llenaron de luz y de alegría porque había alguien con quien compartir mi rutina cotidiana. Por el día yo cocinaba y le dejaba el almuerzo preparado; por las noches, cuando yo llegaba extenuada del trabajo de revisar boletines informativos lo encontraba despierto. A esa hora solíamos entablar largas conversaciones sobre mil temas hasta pasadas las dos de la madrugada. Siempre había algo nuevo que debatir mientras mi cansancio desaparecía para dar paso a una especie de discusión filosófica que cada día me atraía más, aunque no me daba cuenta.

Una tarde, algo recuperado de su esguince, me invitó al cine. Yo accedí. Hacía mucho tiempo que no salía. Fuimos a ver la película de Los Zafiros. En la butaca del cine Pairet, mientras me acomodaba a su lado, los suaves vellos de su brazo rozaron el mío y una oleada cálida me estremeció. Por un instante quedé perpleja, luego reflexioné, eso no podía ser posible. Él era demasiado joven para mí, pero la vida pone trampas y caes en ellas sin darte cuenta.

Una mañana en que yo estaba cosiendo le pedí repentinamente que se quitara los espejuelos porque nunca había visto sus ojos. Se los quitó y lo miré; era la mirada más limpia que he visto en mi vida. Mi corazón, ese

pequeño y tonto corazón mío dio un vuelco en mi pecho cuando sus ojos, grandes y oscuros, me miraron directamente desde la distancia y ahí mismo atraparon mi alma; en medio de esa mañana escogida por Dios, a la hora en que el Todopoderoso sabe que somos más vulnerables lo miré por primera vez como a un hombre, y comprendí que el amor asomaba a su pícaro rostro haciendo travesuras y que yo había perdido miserablemente el tiempo mientras un joven se me ofrecía en todo su esplendor.

Alex fue mi gran amor durante los últimos ocho años de mi vida en Cuba. Nadie había sido como él. Nadie volvió a ser como él.

Una tarde, después de esa mañana, lo miré de frente como una mujer mira a un hombre de pies a cabeza y aprecié en toda su magnitud lo que Dios había puesto en mi camino y yo había dejado a un lado por tontos prejuicios.

Esa noche tuve deseos de tenerlo en mi cama, de degustar el dulce sabor de una boca de aliento fresco, fresca incomparable porque no hay nada tan delicioso como el sabor de una boca y de una lengua que te horada hasta el mismísimo paladar hurgando allí donde crees que sólo tu saliva llega. Toda boca jugosa es una tentación, pero lo es mucho más cuando esa boca es la de un hombre joven y viril al que le llevas casi quince años de experiencia. Y si esa boca te dice que te quiere, te roza con sus labios la piel del cuello, baja por el frente y se detiene experta en la entrada de tus senos maduros, entonces no sabes qué hacer para evitar que tus manos diestras de mujer otoñal no presionen la cabeza donde está esa boca para obligarla lentamente a que descienda a la entrada de esa hendidura donde se pierde la cordura y comienza la irrazonable locura del deseo.

Hacia muchísimos años me estaba portando bien, demasiado bien. Y de pronto tuve un deseo irresistible de portarme mal, de ser una chica mala, muy mala y de hacer todo lo que hace una chica bien mala. Sobre todo, una chica bien mala en la cama de un hombre bueno.

Las cosas comenzaron a salir mejor de lo que yo pensé.

A veces le tenemos tanto miedo a la vida que no nos atrevemos a afrontar determinadas situaciones imprevistas. Sin embargo, quizás en ellas radica nuestra dicha.

## **DISCRIMINACIÓN**

Me di cuenta de que no hablaba inglés cuando llegué a este país, aunque lo había estudiado hasta el cuarto nivel, casi el máximo al que se llegaba en las Escuelas Públicas de Idiomas en mi país. Mi oído nunca fue entrenado en un



idioma tan ajeno al mío, cuya fonética no tiene nada que ver con el español.

Cuando las personas se dirigían a mí me parecía que hablaban en chino, sólo entendía jerigonzas. Me daba pena no entender ni palabra, se notaba mi perplejidad y te sientes como una tonta cuando adviertes en los demás las miradas de indulgencia, pena o discriminación.

Y eso mismo fue lo que sentí por primera vez cuando solicité mi Identificación Personal (ID) de la Florida y la señora que me atendió en la Oficina de la avenida 107 y la calle 16, en el Southwest me dijo de muy mala manera que yo debía hablar inglés porque había llegado a los Estados Unidos. Tenía razón, pero la forma en que lo expresó fue muy humillante para mí. Yo fui discriminada en el país que aboga por la no discriminación de ningún tipo y no estaba preparada para ello.

Debía hablar un excelente inglés porque no podría conseguir un buen trabajo. Lo más triste era que no podía estudiarlo, no tenía tiempo, trabajaba toda la mañana y parte de la tarde y luego llegaba a cocinar y atender a mi nieto pequeño; aún no tenía carro, ni siquiera manejaba, tampoco podía contar con que alguien me llevara a la escuela, que quedaba a unas cuantas cuadras de donde vivía. Ni pensarlo. Sólo un milagro lo haría posible. El tejido social comenzaba a presionarme y me dificultaba los movimientos. Comencé a sentirme prisionera.

Mi único recurso era escribirle a Alexei, que estaba en mi apartamento de Cuba, con mi computadora, mi teléfono y toda mi vida anterior. “Por favor, ven, yo te voy a ayudar a salir de Cuba, te extraño mucho”, le repetía una y otra vez en mis correos electrónicos. Él siempre había querido tener un apartamento en Cuba, extraño privilegio, “pero a este precio no” me escribía. “Está vacío sin ti”, me reiteraba. En respuesta le decía “yo vivo en los Estados Unidos, un país donde hay plena libertad pero estoy sin ti, amor mío”. “El precio ha sido demasiado alto” concluíamos los dos. Él tenía al fin su apartamento pero sin mí, yo vivía en un país libre pero sin él. Estoy segura que si hubiésemos tenido el poder de cambiar el tiempo, hubiéramos vuelto atrás sin duda alguna por un instante, al menos por el breve momento de darnos un efímero y cálido beso de amor como el primero que me dio, tan largo como una eternidad; tan rápido como una estrella fugaz, tan extenso como un viaje de mil años luz a otra galaxia.

Un beso de amor es el encuentro perfecto entre dos mundos diferentes que se convierten en uno a partir de ese momento. Eso fuimos, dos mundos fusionados en uno, donde vivimos por ocho años en un estado muy parecido a la felicidad. Pero dejemos eso por ahora.

## COMO EN OTRO PLANETA

Las “bondades” de la “tierra prometida” no alcanzan a verse de manera inmediata. Tiene que pasar mucho tiempo, adaptarse, insertarte en el medio, trabajar en lo que sea, comenzar a pagar los billes, independizarse del ámbito familiar, comprarse el primer carro, manejar, recorrer las calles de “la capital del sol” para comprender en toda su magnitud lo que se perdió y lo que se ganó. Es un largo y complejo proceso de pérdida y ganancia.

La situación no es nada fácil porque este país, o cualquier país, para todo el que emigra suele ser muy estresante. Cuando tú estás en Cuba piensas que esto aquí es una maravilla porque todo lo que te dicen son cosas extraordinarias, una vez que llegas descubres que es un mundo absolutamente novedoso desde todos los puntos de vista. Es un mundo lleno de tecnología, comodidades, de un confort al que los cubanos no estamos acostumbrados porque pasamos mucho trabajo desde todos los puntos de vista, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos. En Cuba todo es carencia, todo se dificulta para conseguir lo necesario y elemental para vivir, y entonces cuando llegas a este país descubres que nada se parece a lo que nos dijeron, y si llegas vieja como yo, cuando ya pasaste de los cincuenta es cuando dices wao, qué es esto, a qué monstruo me tengo que enfrentar. Y lo tienes que hacer porque no hay otra forma de comprarte el carro, generalmente un carro viejo porque aún no tienes economía para comprarte uno del año, si es un transportation pues te sale en un ojo de la cara porque se te está rompiendo a cada rato; que la gasolina, que el mantenimiento, el independizarte de la familia... Ése el primer paso que estás dando en un país desarrollado hasta las últimas consecuencias, para comenzar a medir tus propias fuerzas, tu razón de ser. Yo diría, tu condición humana.

A veces me agarra el gorrión, como ahora en que me puse a escuchar una canción de Teresita Fernández, “Lo Feo” interpretada por Gema y Pável, una de las mejores interpretaciones que he escuchado, y me entra la nostalgia, como una basurita en el ojo pero sin basurita. Sientes ganas de llorar y de volver el tiempo atrás, caminar por las calles de Tarará donde era asesora cultural y cantaba precisamente esa canción a los niños cuando venían a los campamentos de verano, tan lindos recuerdos de mis bellos tiempos en que aún ni soñaba en que algún día viviría fuera de mi país, alejada de su insoportable sistema político. Me resultaba ignominioso, humillante, tedioso, y terrible la falta de libertad individual del viejo régimen totalitario de Cuba.

El gorrión es una avecilla pequeña que no sé por qué relacionamos con la tristeza. “Se nos posó el gorrión en el hombro” es una manera de decir que andamos medio depre porque los recuerdos nos abruman. Es muy difícil no pensar en el país que dejamos atrás porque no es solamente el país lo que dejamos, sino toda una vida con sus cosas buenas y sus cosas malas, con las

rosas y las espinas propias del camino que ya hemos recorrido. Allá quedaron nuestros amigos, nuestros vecinos, nuestros amores, frustraciones, éxitos y toda una trayectoria que ya nunca más repetiremos. El amor, la calidez del vecindario, los chismes de Fefita, los cuentos del cuentacuentos del barrio, el que se murió, el que se fue primero, el que empezó a trabajar en buen lugar, el que terminó la carrera, el que suspendió la universidad, la que cogió Medicina, la que se embarazó, la o el que se volvió gay, los pedazos de vida, los fragmentos vividos y nunca recogidos ni guardados en ninguna otra parte como no sea ese corazón estrujado de tanto recuerdo ingrato. Todo eso es lo que queda atrás cuando emprendemos este viaje a lo desconocido y por mucho que nos digan que siempre será mejor, al principio el arranque, el desapego, el acostumbrarse a lo nuevo y diferente significa ir dejando pedazos de nosotros por todas partes para conformar con lo nuevo otra persona que ya nunca será la misma porque ya nada será igual a lo que fue.

## **UNA PALABRA DIFICIL**

La soledad es una palabra que está en medio del hastío y la esperanza. Ese reconocer lo que estamos dejando de ser para ser otro u otra que nunca imaginaste que serías. Todo esfuerzo por la adaptación a un nuevo medio va más allá del límite humano. Cada día se convierte en un reto desde cualquier punto de vista cuando los que emigramos venimos de un mundo pobre desde el punto de vista material y espiritual, carente de lo esencial, de una sociedad represiva en la que no hay desarrollo tecnológico alguno y de pronto llegamos, como por arte de magia, al Primer Mundo con todo lo que implica una vida de vértigo que se complica mucho, aún más cuando dejamos nuestro país a una edad cercana a la jubilación. Nos estamos desarraigando desde el mismo momento en que pisamos la otra tierra, observando otra vida diferente e intentando acoplarnos a la nueva situación.

Perseguimos el sueño americano pero para alcanzarlo tenemos primero que soportar la pesadilla de todos los días. Los billes, las tarjetas de crédito, los acreedores, el consumismo, el carro imprescindible porque vivimos en ciudades cuya infraestructura está diseñada para movernos en autos y no a pie, o el celular porque debes estar localizable. Es a lo que te enfrentas todos los días una vez que dejas tu pasado.

No fue una vida muelle, confortable, porque no la tuvimos, pero era la única que conocimos, la única a la que tuvimos acceso desde que abrimos los ojos a este mundo. Dios nunca nos dijo que la gracia que nos daba como regalo sería fácil, es cierto. Pienso que nos da la fuerza necesaria para afrontar

lo que devino suerte, vida, don, gracia, y así vamos caminando por esta larga o corta senda en que se transforma nuestro andar.

Durante muchos años ahogué mi soledad entre libros de buenos autores, filmes y música de todo tipo. La música que escuchaba dependía siempre del estado de ánimo que tuviera, casi siempre baladas románticas o la que estaba de moda cuando era joven, quizás porque me recordaba los mejores años de mi vida. Yo creo que era feliz porque nadie me molestaba y no molestaba a nadie. Vivía mi vida, disfrutaba de una libertad propia que me había inventado y, casi por primera vez en largo tiempo, era dueña y señora de mis antojos, sin rendirle cuentas a nadie.

Había llegado a la edad en que dejan de interesarte muchas cosas para centrarte en las tuyas propias. Cuestión de cambio de aptitudes y también de actitudes. Después que se pasan las cinco décadas hay como un profundo cambio de perspectivas, de proyecciones; te dejan de importar muchas de las cosas que anteriormente te importaban, porque descubres que al final todo es lo mismo. Lo que represente un problema probable te lo quitas. Comienzas a vivir dentro de una extraña ubicación y te acompañas de todo aquello que te pueda dar la ilusión de que no estás sola y de que, al mismo tiempo, lo estás. ¿Cómo se comprende eso? De lo más bien. Ya no hay sexo o sentimiento que te preocupe, no hay sentido de la coquetería, solo hay sentido de la comodidad y de esa forma desaparecen para siempre situaciones que cuando eras más joven formaban parte de tu vida de manera imprescindible. Nos vamos acercando a la edad madura en que lo que cuenta es el deslizar tranquilo y sereno de tus días. Se inicia pues el largo y tedioso camino del vegetar.

## **UN AMOR DESPROGRAMADO**

Después de creer a pie juntillas que jamás volvería a caer en las trampas del amor y de vivir sola durante un buen tiempo, disfrutando de una enorme tranquilidad, las saetas de un nuevo cupido se aprestaron para dar en el blanco sin que yo lo supiese ni llegase a intuirlo.

Yo lo había visto tantas veces que no había reparado en él. Así sucede. Tenemos delante el amor y perdemos el tiempo buscando en otra parte. O no buscamos porque estamos tan ensimismados que ni eso hacemos. Cerramos el capítulo del amor. Nos deslumbra la luz lejana cuando tenemos la lámpara casi a cuestas. Bienvenido seas amor de paso, sé que no te quedarás conmigo, no hay porqués a tantas preguntas, no eres mío, no lo serás, pero si alguna mano divina te puso justo ahí frente a mis ojos, entonces tomaré lo que la vida me dio y luego serás un buen recuerdo en el desván de la memoria.

Yo estaba tan sola como un perro abandonado por sus dueños, muerta en vida. Con una orfandad de amor que me había secado el alma. Entonces, una mañana, entró a mi oficina y lo saludé como siempre; era una persona gentil. Hacía mucho tiempo que lo conocía de saludos fugaces y una que otra vez lo había llevado en mi carro hasta su casa, nada más. Ni siquiera había pensado si me agradaba o no. Estaba fuera de mis pensamientos e incluso de mis posibilidades.

Ahora de pronto él matriculaba un curso técnico y me habló con entusiasmo del mismo. Me contagió su ánimo de perseverancia. Yo también quise matricularme, pero al cabo de algunos inconvenientes no se pudo y bueno, quedé conforme. Me siguió llamando. Esa tarde, la siguiente, dos o tres días después, una semana más tarde y de pronto me dijo que lo recogiera en mi carro en la estación del metro. Le respondí que era muy lejos y no sabía ir hasta allá. “No importa, espérame donde estés”, me dijo y lo esperé como dos horas. ¿Acaso no fueron demasiado?

En circunstancias normales me habría ido a la media hora pero ya saben, hay una hora del día de un mes de un año en que estamos indefensos y totalmente desarmados ante el toque del amor y no lo sabemos. No me di cuenta de lo que se avecinaba, el pensamiento no percibe a tiempo el peligro inminente. Quizás mis guardianes estaban de paseo y descuidaron la custodia de mis bastiones, suele suceder. La cosa es que estuve vulnerable ante su inteligente asalto.

Su rostro se prestaba a la mansedumbre, su mirada inefable me engañó. El abordaje fue con tanta naturalidad que me tomó de sorpresa y aún hoy sigo sin comprender cómo pasó. Sólo sé que se sentó al borde de mi cama y casi me tocó el alma con un suspiro mientras yo le mostraba una aplicación en la computadora de mi cuarto. Le explicaba y le mostraba la pantalla, pero sus ojos me hablaban de otra cosa. Me encontró desarmada. No estaba preparada para aquello.

Tal vez ahí estaba el peligro,  
la luz tenue,  
la tarde declinando,  
a lo lejos el sonido  
del viento entre los árboles.  
Su cuerpo tan cercano,  
mi soledad, su piel, su olor.  
De pronto su tibio aliento de hombre.

Sus ojos en los míos.  
No sé cómo pasó  
lo que supe después,  
cuando me recobré del todo;  
es que estaba en el cerco de sus brazos  
que me iban ciñendo y me apretaban  
con tanta suavidad que me entregaba;  
y yo estaba besando y lo besaba,  
y él me estaba besando y me besaba  
y todo era muy lejos, como ausente.  
¿Cómo empiezan las cosas?  
Las cosas comienzan sin saberlo,  
y de cualquier manera;  
y luego se complican y te envuelven  
y la madeja crece y se agiganta  
y cuando quieres gritar  
el grito se ahoga en tu garganta.  
Te atrapan emociones traicioneras  
y terminas amando y siendo amada  
hasta el amanecer,  
escuchando un “te amo”  
que empiezas a creer  
y a añorar luego las noches disfrutadas  
con este hombre que apenas si conoces,  
pero que arranca tus gritos de placer  
Y no te escondes.  
Le muestras como eras,  
tan santa, tan virgen, recatada,  
tan púdica,  
y ahora impúdica mujer.

¿Qué es el amor si no esta fuerza pujante que te anima a convertirte en otra que no eras o que quizás sí eras y no lo sabías de antemano? El placer de la carne, el placer del sexo por el sexo mismo. Una noche te acuestas con alguien y descubres que deseas ese cuerpo, que el calor que despidе su piel te abrasa y sientes que estás más viva que nunca, que tus lubricaciones que creías perdidas del todo están aún ahí con su función maravillosa de preparar la entrada al Paraíso, tu Paraíso. Las paredes vaginales se van lubricando con su beso y sus manos, y el calor de su piel y de su cuerpo recio que te domina, todo tan denso y suave que de forma natural te condicionan para una penetración firme con ese gesto que quisieras abreviar de un leve empujón, pero que controlas y frenas para que él no se dé cuenta de que lo estás deseando a rabiar.

Y él con su mano tienta a ciegas hurgando en los recodos, en los recovecos de tu piel tan íntima que ya no ocultas, sino que muestras de manera impúdica para que siga escudriñando en tus pliegues, que se abren vibrantes al más ligero tacto de sus dedos, como esperando con ansiedad la ocupación de la cavidad húmeda y tibia. Él toma la iniciativa con un dedo impregnado de su saliva cálida, y tímidamente tantea, toca, fricciona, acaricia y esto te vuelve loca de ganas y quisieras tenerlo todo dentro de ti, y gimes porque es lo sublime llevado a lo máximo y muerdes sin querer su brazo, puro músculo que se tensa y te aprisiona, y buscas su boca con ansiedad para sentir su aliento y su lengua en tu lengua, su respiración en la tuya y te arqueas para facilitar que entre un poco más su dedo castigador, pero ya no es su dedo lo que quieres porque ya está lista la entrada y tu esperas anhelante, pero él sabiamente dilata su aproximación aunque sabes que su virilidad no soporta un instante más sin ti. Escuchas su jadeo y eso intensifica el tuyo y empiezas a rogar en voz baja, como un susurro fiero o como un mandato tierno “ya, ven por favor, no aguanto más”. Tanto que has criticado a las mujeres que pierden el control y ahora precisamente tú estás como ellas, rogando que “por favor, no tardes, acaba de entrar ya. ¡Te lo pido!”. Y sientes que se te va la vida o ¿será que comienza cuando te sientes invadida del todo por aquello que penetra y puja con ese movimiento tan cadencioso dentro de ti y se adueña con tanta suavidad, tanta firmeza, de todos tus gemidos arrancados del más puro placer de los sentidos?

Entonces te mueves con un vaivén recién estrenado, el que nunca tuviste, y ahora te sale sin saber de dónde y ambos se ponen de acuerdo al unísono, y es como un vals perfecto, bailado bajo la cadencia de otro cielo, una perfecta sincronización de cuerpos que se hunden y emergen nuevamente. En cada movimiento el sublime emblema de lo lírico penetra más y más, y te besa y lo besas, no, lo succionas, le muerdes los labios, saboreas su dulce y salado sabor de hombre, lo chupas con todas tus ganas de hembra, te lo quieres comer, lo miras a los ojos tan cerca de los tuyos y hay en esa mirada sin agravio un

hombre que te está deseando tal cual eres, te está haciendo su hembra y tú lo sabes y lo aceptas, y él te pregunta si lo quieres ya y le respondes “sí, junto contigo”. Los dos en ese instante, ambos jadean y se mueven con mayor vigor hasta perder la calma, y él te busca los pezones erectos y duros, y cuando su boca los succiona sin freno sientes que allá dentro de ti estalla un volcán, y que su lava de fuego te quema las entrañas y ahora eres la reina de todas las galaxias.

¡Oh, Dios, eso es la vida y lo demás no importa! Lo demás vendrá luego: los billes, la gasolina, la renta, los trabajos, la familia, la vida y su rutina cotidiana, el enfrentar todos los días lo mismo. Pero ahora no, ahora la vida se detuvo en este instante supremo de amor y de pasión.

El después es largo y también tiene su encanto. El encanto de la comunicación, del abrazo y las caricias en tu cuerpo. Te acomodas en el hueco de su axila que suda ligeramente empapada de su sudor y besas brevemente ese brazo cuyo músculo, antes tenso, ahora reposa quieto en el contorno de tus relieves, mientras su mano te acaricia con suavidad en un íntimo gesto de complacencia mutua. Entonces te mira muy de cerca otra vez, ahora en la calma del reposo, sus ojos en tus ojos y ves en esa mirada muda la entrega absoluta de ese hombre, y sabes que una vez más eres la reina poderosa y amada como ninguna otra mujer porque en el centro de su cuerpo está el cetro de tu poder.

## **CAYO JUAN CLARO, DE MI VIDA**

Parte de mi feliz niñez la viví en Cayo Juan Claro donde las cosas eran lindas, tranquilas, suaves. Así es como las veo ahora en la distancia del tiempo, nostálgicas y medio borradas en mi mente. La bruma de los años lo envuelve todo en una niebla densa de cosas viejas guardadas con amor en la memoria del viento. Los recuerdos se van obnubilando y perdiendo el contorno de las imágenes pero están ahí, palpitando como seres vivos, cuando cerramos los ojos y miramos con los ojos del alma los años vividos.

En el patio había un aljibe, lo recuerdo muy bien, tan clarito como si lo estuviera mirando ahora frente a mí. José Ramón, el papá de mi amiga Erlina y el aguatero del lugar, venía con su carro cisterna dos o tres días a la semana y se acercaba al aljibe, sacaba una manguera larga que conectaba con otra del aljibe y empezaba a echar el agua que chorreaba insistente con su ruido peculiar, y yo miraba cómo se iba llenando poco a poco hasta que el agua alcanzaba el borde con espumitas y lo sobrepasaba, corriendo por los laterales; luego me iba a la cocina donde estaba mi mamá preparando el almuerzo. “El



aljibe está lleno”, le decía a mamá que me miraba sonriendo mientras oía la novela de las diez de la mañana. Yo tenía en ese entonces cinco años y un mundo cuya única preocupación era subirme a la mata de ciruela para poder ver las cosas desde un poco más arriba.

Cayo Juan Claro era como un pedazo de luna en medio de una noche clara. No volverá a haber otro sitio como ése. La casita donde vivíamos quedaba en el patio de la casa de tía, justo en el lindero del potrero, un poco más acá de los grandes tanques de miel. Por las noches yo solía escuchar el resoplido de los belfos de los animales que descansaban recostados en la yerba aún caliente por el sol. Parecía que estaban al lado de la cama, los caballos respiraban profundo y muchas veces se encabritaban en medio de la noche, quizás excitados por el fuerte olor de la hembra cercana. Yo no entendía nada de aquello, pero los escuchaba levantarse prestos y salir a puro galope detrás de alguna yegua apetitosa. “Duerme”, me decía mamá, pero yo no podía dormir hasta que no cesara el ruido de la noche y llegara ese gran silencio que te sobrecoge el alma, solo roto de vez en cuando por los grillos, las ranas o los miles de ruidillos propios de la oscuridad.

Miles de figuras fantásticas merodeaban por el patio de fina arena donde tía Nieves sembraba en macetas sus plantas. Más allá, el faro de la Punta donde vivía Mayito, aquel chico de ojos verdes y cabello rubio que era mi adoración ya desde esa lejana edad en que aún no han despertado los sentimientos, pero que yacen avocados y listos a salir ante el menor indicio de reclamo.

Cayo Juan Claro se adormece en mi memoria y emerge de vez en cuando como una imagen traviesa para despertar recuerdos y viejos olores. Está la calle de tierra, los árboles de higuillo cuyas hojas servían de alimento a mis conejos, la casa del otro lado de la cerca vieja, casi en la orilla del mar, de las pocas familias negras que vivían de apellido Caudillo, y está el único borracho del barrio que recuerdo, un haitiano, Morgan, alto y flaco, viejo y prieto y cuya voz enronquecida por el alcohol iba gritando a medida que se acercaba a su casa “mundo corruto, mundo corruto.....”; el viejito de los dulces que venía todos los días por la tarde a vender unos dulcesitos tan ricos que aún empalagan mi palada, la calle sin pavimentar por donde correteábamos cuando jugábamos al pon y a los escondidos, la arenilla del patio, las voces de Ana en la casa de al lado, los chiquillos (sus llantos, sus risas, sus juegos), el misterio del barracón de la esquina allá a lo lejos, mi amiga Mari, el potrero, mis miedos.... Cayo Juan Claro... Chaparra... Delicias... Puerto Padre... mi infancia ida, mis padres amados, mi abuela Mamaniña, mi tía... las cosas que duelen... siempre en el recuerdo.

## SERES QUE PARTEN SIN PREVIO AVISO

Me acompañó un buen tramo de mi vida y se fue cuando menos lo esperaba. Después tuve que seguir completamente sola. Era tan bello cuando estaba. Generalmente dejaba cualquier cosa que estuviese haciendo y se sentaba a escucharme cuando yo llegaba a verla. Yo siempre tenía alguna historia para ella. Tal vez no las comprendía del todo pero su sonrisa me hacía creer que le gustaban. Y eso era algo muy importante para mí.

Yo siempre le había pedido a Dios que el día que la perdiera no quería estar sola, porque no sabía la magnitud de ese dolor y tenía mucho miedo no poder enfrentarlo. Mas Dios sabe demasiado, por algo es Dios y perfecto.

Cuando ella se fue yo estaba más sola que un perro sin dueño. La noticia de su fallecimiento me anonadó como si hubiese sido noqueada por un golpe certero en medio del cerebro, me sumió en una especie de anestesia sentimental que, imagino, debe ser lo primero que se siente ante algo tan demoledor como eso. Me sentía como flotando en medio de una niebla donde los rostros, las voces y la gente me llegaba desde lejos y como entre sueños.

Las cosas se concatenan para darte señales que no alcanzas a ver o a descifrar pero están ahí, más tangibles que nunca, marcando los pasos del destino diciéndote lo que va a suceder.

En la víspera del 31 de diciembre de 1996 yo me había sentido mal anímicamente; una especie de rara angustia me invadió sin una explicación racional, y aunque estaba en medio de un grupo de amigos que celebraban la llegada del nuevo año mi humor no estaba para fiestas. Como no quería echarles a perder la velada a ninguno lo disimulé lo mejor que pude, pero apenas iniciado el nuevo año me despedí aduciendo que estaba agotada y que debía trabajar muy temprano. Entonces me dirigí a mi habitación y traté de dormir. Poco a poco pasó el malestar que yo atribuí a una situación pasajera.

En julio del 96 mientras mirábamos mi madre y yo los Juegos Olímpicos que se celebraban ese año en Barcelona, España, le pregunté de pronto dónde iba a pasar el 31, a lo que respondió algo abruptamente: “¿qué sé yo dónde voy a pasarlo, Eleine? Una no sabe dónde va a estar en cinco meses, a lo mejor voy a estar muerta”. Como la respuesta me pareció rara le dije: “ay, mima, ¿por qué dices eso? Te lo pregunto para saber solamente”.

Es cierto, nadie puede determinar dónde va a estar no en cinco meses, sino en cinco días o en cinco horas, en cinco minutos o en cinco segundos.

En ese mismo año murió mi tío español a quien cariñosamente llamaba papito Manolo, esposo de mi tía Nieves. Mi madre viajó a Cayo Juan Claro, Puerto Padre, para acompañar a la inefable tía Nieves, viejecita que había

quedado sola y ya estaba medio ciega. En el viaje de ida para la Terminal de Ómnibus Provinciales de La Habana, mientras me sentaba a su lado en el carro que nos había ido a recoger, tuve la extraña certidumbre de que nunca más la vería otra vez, pero fue como esas cosas que pasan en las películas, como un relámpago fugaz que sólo muestra instantes de una imagen que se diluye con otras y otras más. No le di importancia al asunto, no quise ver lo que se estaba mostrando tan evidentemente.

En la Terminal mi padre y yo estuvimos atentos a todo lo que mi madre quería hasta el mismo momento de iniciar la guagua su viaje para Oriente. Mi padre se despidió de mi madre y bajó del ómnibus mientras yo la miraba por la ventanilla y le decía adiós con la mano. Qué lejos estaba de imaginar que sería la última vez que la vería viva.

Ahora recuerdo que la miré largamente, cuando estaba sentada a su lado en el carro que nos llevó a la Terminal, como para dejarla grabada para siempre en mis ojos y en mi memoria. Estaba muy cerca de ella y su olor a limpio me invadía, su cabello blanco, su rostro sereno y bello, su sonrisa dulce y sus ojos llenos de melancolía quedaron para siempre en mí como una foto fija.

Mi madre estaba bien, lo aseguro, conversaba y reía como lo hacía siempre; iba a emprender un viaje largo, pero ya en ocasiones anteriores lo había hecho. Era casi una costumbre que se pasase algunas temporadas en Puerto Padre.

Sé perfectamente que aquella larga mirada a mi madre respondía a una especie de misterioso vaticinio que de un plano superior me estaban enviando, pero nuestra ignorancia es tal que no sabemos descifrar o interpretar el lenguaje de la anunciación. Nueve días exactos después de su viaje me llamaron por teléfono para darme la demoledora noticia de su fallecimiento por un infarto masivo.

Oh, Dios, cuánta entereza tuve que tener, cuánta fuerza para soportar un golpe así. Un pedazo de mí se fue con ella.

Madre, dondequiera que estés, te amo y te extraño tanto.

Mi padre era otra cosa. Era fuerte y muy atlético, porque cuando era joven practicaba mucho ejercicio; a los setenta lo recuerdo aún lleno de vida y entusiasmo, dinámico y con el pelo casi negro. Quería tanto a mi madre que podían considerarse uno de esos matrimonios ya en estado de extinción; todo lo consultaba con ella, los veía conversar y cuchichear y sabía que le estaba pidiendo consejos a ella, que, como toda madre, era una especie de líder doméstica, un timón, una brújula para todos sin duda alguna.

Después que mi madre murió, mi padre llenó de fotos la pared del cuarto donde estaba su cama, quizás con la esperanza de que a través de las fotos mi

madre, de una forma u otra, estaría cerca de él. Yo lo miraba con los ojos llenos de amor y de pena porque lo había visto deteriorarse día a día, perdiendo fuerza a causa del implacable tiempo que no perdona, y sabiéndome impotente para luchar contra eso. Sentía cómo lo iba perdiendo y no podía hacer nada por evitarlo.

Lo recuerdo en los últimos años de su vida, caminando encorvado, con sus pies cansados de tanto andar por la vida, con su aire ausente a veces, como ya acostumbándose a esa despedida que poco a poco nos desprende de la vida. Me duele mi padre más allá de los tuétanos, porque cuando me fui de Cuba sabía que no lo iba a volver a ver vivo, y me fui con esa seguridad y con ese dolor en el pecho.

## INTUICIONES

Pienso mucho. Constantemente pienso. Hay muchas cosas para pensar, la vida se va desgranando pedacito a pedacito como un filme, fragmento por fragmento la vamos desplegando ante nuestros ojos y es entonces cuando nos damos cuenta de que ya hemos vivido bastante, aunque nunca será demasiado.

Cuando sólo era una niña buena, allá en el Cayo Juan Claro de mi infancia, pensaba que los cuarenta era una edad muy avanzada, que una persona de cuarenta años ya era vieja, muy vieja. Cuando tuve cuarenta me di cuenta de que se es realmente muy joven todavía a esa edad.

Después pensé que los cincuenta era una edad de viejos, de gente muy vieja. Pero cuando llegué a esa cifra me di cuenta de que no era así, sentí que apenas comenzaba a vivir. Queremos seguir extendiendo la vida un poco más allá sin darnos cuenta de que ésta se nos está acabando. Hay tantas cosas todavía por conocer, por disfrutar, por ver, tantos rostros nuevos de gente querida que está llegando justo en el tiempo en que ya estamos a punto de irnos. Y los rostros de los que están, de los que llegaron hace pocos años a nuestras vidas, queremos seguir viéndolos cuando ya estamos al borde de abandonar nosotros el vagón de este interminable tren que nunca llega a su destino, pero que nos hace llegar al nuestro en la estación que nos toca descender.

Y es que la vida se nos va muy rápido. Apenas ayer mis nietos eran chicos, el menor tenía un año recién cumplido, cuatro dientes y gateaba, y el mayor era un precioso niño de cuatro años. Me sentí inmediatamente abuela en cuanto los vi, mejor dicho, antes de verlos y conocerlos personalmente ya me sentí ser abuela cuando mi hijo me escribió y me dijo que lo sería.

Ser abuela es una responsabilidad sin ataduras, un amor incondicional como el de madre pero sin la obligatoriedad de madre, una ternura mayor, un margen más amplio para los consejos sabios que perdurarán por siempre y que se volverán un eterno recuerdo cuando ya no estés, una especie de complicidad amorosa entre lo que aún queda de tu infancia y esta nueva infancia que comienza a vivir, y hasta un amor con lástima porque sabes todo el largo camino que deben recorrer cuando ya estás llegando al final del tuyo y quisieras estar ahí de una manera u otra apoyando cada detalle de sus vidas para evitarles los propios y lógicos errores que van a cometer.

Quieres protegerlos contra todo lo que intuyes que enfrentarán porque el mundo está acechando para su perjuicio. El mundo es como un monstruo que espera su turno para echar su zarpazo sobre sus víctimas y eso es lo que quieres evitar; entonces te sientes impotente porque ya el tiempo se te está yendo cada día un poco más.

## **LO INESPERADO**

Alguna sorpresa me esperaba al final del camino. Son acontecimientos inesperados que nos asombran de una forma agradable o no, y para los cuales nunca estamos preparados.

Casi dos años después de haberme ido de Cuba mi ex-pareja también se marchó, pero para Canadá. En el fondo nunca me asombró que no viniera detrás de mí. Siempre pensé que me guardaba cierto rencorcillo por no haberle dejado un parole abierto en la Oficina de Intereses de los Estados Unidos en La Habana cuando fui a recoger mi paquete de trámites migratorios. Él podría haber salido de Cuba de esta forma un tiempo después que yo, pero por cuestiones absolutamente inexplicables nunca lo hice.

Hoy, al cabo de más de nueve años de aquella entrevista definitiva, aún no llego a comprender por qué no lo hice. Podría haberlo hecho. Recuerdo que el Cónsul que me entrevistó —educado, agradable y servicial— me preguntó si yo quería dejar un parole abierto para alguien que se quedase en Cuba y que un tiempo después quisiese irse. “No, no tengo a nadie”, fue mi respuesta. ¿Lo tenía o no lo tenía? ¿Obré de mala fe? ¿Qué raro o misterioso instinto me hizo actuar de aquella forma? ¿Egoísmo? ¿Falta de amor?

Ni lo uno ni lo otro. Soy consciente del momento en que el Cónsul me lo preguntó y soy más consciente aún de mi respuesta sin vacilaciones: “No, no tengo a nadie”. Y mientras lo decía pensaba: “perdóname, cariño, pero tengo que hacerlo”. ¿Por qué lo hice de ese modo? ¿Por qué no le dejé el parole

abierto para que él se marchara después que yo, cuando ya quizás las condiciones estuviesen preparadas? ¿Acaso hay una voz interna que te alerta sin decirte nada, apenas un murmullo audible? ¿Qué pasaba por mi mente en esos momentos? ¿Acaso dudaba de él? Si de alguien nunca dudé fue precisamente de él. Si nunca dudé del amor y de la fidelidad fue con él.

Yo lo amé como muy pocas veces había querido. Él había sido hasta entonces para mí la persona más querida del mundo, después de mi hijo; ya mi madre no estaba en este plano y los pocos familiares que me quedaban eran mi hermana, diez años menor que yo y con una ideología completamente diferente a la mía, un sobrino joven y vago, y un padre que sólo veía por los ojos de mi hermana y que me separó ostensiblemente de su vida desde el mismo día en que ella nació.

Yo los quería y los atendía de acuerdo con mi tiempo y mi dinero, porque sabía que la necesidad era creciente en un país donde la comida escaseaba, mucho más cuando no había moneda convertible para comprar lo requerido. Al menos yo recibía una remesa mensual de mi hijo desde los Estados Unidos, y sabiéndola administrar podíamos enfrentar el vendaval de la crisis económica por la que atravesaba Cuba en la década de los 90, durante el famoso y eufemístico “período especial”.

Alex y yo seguíamos en contacto por correo electrónico con frecuencia, manteníamos una estrecha y cálida correspondencia donde aún yo me sentía muy amada y pienso que él también. Hasta un día, mejor dicho, hasta una noche en que abrí mi correo y me encontré con la desagradable sorpresa de leer un mensaje donde me informaba que era mejor cortar la relación porque ya no tenía sentido. No había futuro en lo nuestro y, aunque eso formaba parte de lo probable en las largas conversaciones sostenidas en varias ocasiones en nuestra relación, la manera en que lo expresó me dejó pensando. No fue brusco, ni cruel, ni desatento. Fue sencillamente frío. Tan frío como si se hubiera convertido de la noche a la mañana en un extraño. En alguien que yo nunca hubiera conocido, que nunca hubiera vivido conmigo ocho años de intensa pasión amorosa, del que yo creía el mejor amor del mundo.

Me sentí muy herida en lo más profundo de mi alma. No podía ser posible. Era cierto que quizás nunca nos volveríamos a encontrar pero, al menos, yo guardaba un resquicio de esperanza de que alguien en alguna parte del mundo me amaba y me recordaba como un hombre ama y recuerda a una mujer.

Este hombre me había amado, había sido el mejor compañero, amigo y amante que tuve en mi larga soledad después de mi divorcio. Había recompensado en buena parte mis años aún floridos de mujer joven, una inmensa alegría nos había acompañado durante esos años, salidas al teatro, al ballet, a cenar fuera y hasta habíamos compartido buenas lecturas de buenos

libros. Habíamos sido un buen equipo, como lo llamábamos: un tremendo equipo de vida. Había sido mi apoyo incondicional aún en los momentos de enfermedad míos. Y la cosa había sido recíproca, por supuesto. Nos habíamos ayudado mucho mutuamente.

Me sentí otra vez más sola y abandonada que un perro vagabundo en medio de una noche lluviosa y fría. Es una sensación que te llena de impotencia, de tristeza, de dolor, de inutilidad. Es como si de pronto el mundo se derrumbara a tu alrededor arrastrándote con su caída a un hoyo profundo del que no sabes cómo ni cuándo vas a salir. O si vas a salir.

Estaba angustiada. Descompensada. No tenía a quién dirigirme. Acostumbrándome al país al que hacía relativamente poco había llegado, aún sin amigos o amigas, huérfana de una mano que tomara la tuya y te dijera: “habla, que te escucho”; y al final de tu llanto te apoyara y te repitiera: “eso no es nada, saldrás del atolladero, no es la primera vez”.

Más o menos, con los meses, compuse mi entusiasmo y me adapté a la idea absoluta de vivir sin él. Estuvimos mucho tiempo sin escribirnos. Ya no recuerdo ni cómo fue que de nuevo recomenzamos la comunicación; primero frases de saludos amistosas y luego consejos, advertencias, hasta que reanudamos una buena correspondencia donde nunca me hablaba de él ni yo de mí.

Una noche conversando con mi hermana por teléfono me dijo que Alex había ido a su casa un mediodía de manera apresurada para llevarle algunos libros míos y a despedirse porque se marchaba del país. Algo asombrada —nadie se marchaba de Cuba en el 2008 en poco tiempo en un viaje definitivo, mucho menos para Canadá—, por más que insistió en que se quedara a almorzar, él le respondió que el taxi lo estaba esperando allá abajo en la calle para llevarlo al aeropuerto en viaje directo.

—Qué raro —le dije mientras conversaba con ella por teléfono.

—Él siempre ha sido algo misterioso —me respondió.

—Sí, cierto, muy hermético con su vida. ¿Pero no se detuvo ni un ratico, no te dio detalles de cómo consiguió la visa para Canadá, un país tan poco amigo de darle visa a la gente?

—No, nada, por mucho que le pregunté. Más bien lo noté algo evasivo, apurado, un poco nervioso y lo atribuí al viaje.

—Sí, claro. Debe haber sido eso.

Y cambiamos de tema.

Pero algo incipiente había surgido en mi mente. Una duda, una semilla de incertidumbre, una sospecha ligera, muy ligera se abría paso y estaba

ensombreciendo el cielo luminoso de mis pensamientos. Como una basurita que cae de pronto empañando el cristal límpido del horizonte.

De una forma u otra recomenzamos a escribirnos nuevamente: “Compré un apartamento”, me dijo un día. “Ya tengo un trabajo a tiempo completo”, me dijo otro. “Compré un coche”, me anunció, lleno de felicidad. Yo era muy feliz con cada logro suyo y lo tomaba como mío. Hay que ser cubano, haber emigrado y pasado un sin fin de vicisitudes enfrentando adversidades de todo tipo, para saber lo que significa un paso hacia adelante en otro país que no es el tuyo, después de haber vivido las carencias y la opresión social en la Isla querida. Cada cubano tiene una larga historia que contar. Cada emigrante de cualquier país la ha vivido y sufrido en carne propia.

Una vieja amiga con la que había trabajado en Tarará en mi época de especialista cultural con los niños rusos de Chernóbil estaba en el país. Tardé algo más de un mes en verla porque aquí la vida es muy intensa y nunca hay tiempo para nada. Entonces una tarde la fui a ver, conversamos mucho, traté de explicarle que los Estados Unidos no era el paraíso con que la gente sueña cuando aún no ha llegado y se ha enfrentado a esto, pero que de todas formas siempre era mucho mejor que otra cosa, y terminamos hablando del imponderable ser de la intriga.

—Él va mucho a Cuba y siempre nos contacta, nunca ha dejado de hacerlo —me dijo sonriente.

—He visto las fotos. Me las envía. Ha estado visitando a nuestros antiguos vecinos.

—Si, es muy buena persona. Siempre nos invita a almorzar a todos; nos reunimos el grupo que aún queda.

—Lo sé, pero no dejo de pensar que si me hubiera querido de verdad hubiera venido para acá y no se hubiera ido para Canadá. Una vez le escribí tratando de comprender su afán de vivir en Canadá solo, sin familia, y se disgustó.

—Habrá tenido sus razones —argumentó ella sin mucha convicción.

—A él nunca le gustó la idea de vivir en Miami —añadí yo recordando las veces que me dijo que los Estados Unidos no formaba parte de sus intereses.

—Siempre te ha querido mucho. Siempre habla muy bien de ti.

—Lo sé. Pero no puede vivir solo todavía, ha pasado mucho tiempo ya. Es como un gran misterio. Nunca sale en las fotos con ninguna mujer. ¿Acaso sabes con quién vive?

—No, no sé. Nunca habla de eso. Ni yo le pregunto. —Y como para refirmar, acotó —Ninguno de nosotros los del grupo le pregunta.



—Sí, claro —fue mi respuesta —Aprendemos a vivir sin preguntar. Es mucho mejor así.

—Según tengo entendido fue un amigo canadiense quien lo ayudó a salir de Cuba. Un buen amigo, con quien vive....

Y miró hacia el piso mientras me lo decía.

Me di cuenta de que evadía mi mirada, como si le doliesen sus palabras porque podrían dolerme a mí. Mas, ¿por qué me habrían de doler? ¿Había dicho algo hiriente? ¿Había herido mi amor propio, mi ego, mi lejano amor de mujer? La verdad no duele por fuerte que sea.

“Ah...” y mi mente funcionó muy rápido. Quizás demasiado. “Nadie sale de Cuba para Canadá si no tiene una palanca que lo empuje. Alguien que te aprecie mucho, alguien que arriesgue la vida por ti, alguien que esté muy interesado en ti, alguien que te ame o... alguien que esté muy enamorado. Emigrar para Canadá nunca fue fácil”.

—Ahora entiendo muchas cosas —dije por lo bajo.

Ella me miró sin saber qué decir. No se atrevía a hablar. Al cabo de un rato murmuró:

—Él es muy bueno, siempre lo ha sido. Y te ha querido mucho. —lo decía como para acallar el dolor o la sorpresa.

—Yo lo sé. Es muy familiar, muy cariñoso. Muy dadivoso. Me alegro por él.

Mi vieja sospecha había tomado forma y volumen y se había convertido en un hecho contundente, en una gran sorpresa, y aunque yo era de mente abierta nunca me había golpeado la realidad tan fuerte y tan cerca. Una sorpresa es algo inesperado, es coger a alguien desprevenido, y esto era lo que me había sucedido. La verdad me había tomado totalmente desprevenida. Yo, siendo araña, me había caído de la pared.

Luego entonces... por decisión propia... lo determinaste..., porque te dio la gana, por lo que sea, estás en todo tu derecho, a lo largo de un proceso que te llevó tiempo... es tu vida y nadie la puede vivir por ti nada más que tú mismo. Te comprendo.

Te amé como a ninguno, y sé que me amaste como un hombre ama a una mujer. Gracias por ese tiempo maravilloso que me entregaste, tu tiempo, mi tiempo, tus besos, mis besos, tus manos, mis manos, tu cuerpo en mi cuerpo.

Ahora estoy en Miami sin ti, como Isaac Asimov estaba en Puerto Marte sin Hilda.

A veces pienso que la realidad supera la ficción.

Qué puedo decir luego de tanto tiempo fuera del país que me dio vida, que me vio crecer, formarme, ser feliz y desdichada; después de más de nueve años de haberme ido de mi Isla querida y no haber regresado ni de visita. La Isla del Desencanto, la Isla Perdida como yo la llamo, con su encanto, su misterio, su embrujo, su ritmo, su gente maravillosa; la que aún vive desgobernada por un régimen caprichoso y absurdo, sumida en la más cruenta opresión desde cualquier punto de vista, y donde aún mis compatriotas de a pie tratan de inventar una forma de subsistencia para sobrevivir a pesar de las penurias.

La Isla que permanece intacta e íntegra en mi corazón, perdida en el desván de la memoria y encontrada en las fibras de mi alma. La patria dulce llena de recuerdos, plena del rostro de mi madre, de sus gestos, de su sonrisa, de su alegría, de sus regaños que antes no comprendía y que sólo bajo la niebla del tiempo es que comprendo...

El inconfundible e inolvidable Cayo Juan Claro, donde aún se mueven, inciertos en el recuerdo, las personas que dieron vida a mis primeros años, mis primeros amigos y amigas, mis experiencias, la escuela, mi infancia, mi adolescencia, mis desvelos de amor, mis primeros amores; Carlos, Jorge, Alejandro, mis libros, mis incomprensiones, mis caprichos, mis chistes, mi risa, mi padre distante y ajeno conmigo; mi abuela, sus manos que curaban cualquier dolencia. Los primeros besos, el sexo, el primer dolor, mi hijo pequeño, el hombre que amé, la familia que tuve, el abandono de mi esposo por otra mujer más joven; el rincón de mi cuarto, el llanto del olvido, la soledad, la penumbra y el tedio. La añoranza de lo que dejamos para siempre.

¿Qué hago con este dolor profundo que me atenaza el corazón y me deja este regusto amargo a nostalgia?

Viviré bajo la sombra del olvido. ¿De qué olvido si el olvido no existe? Los recuerdos nos acompañan dondequiera que estemos porque seguimos siendo los mismos, los de antes, los de ahora, los de siempre.

Miami, mayo de 2012 - junio de 2015.

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)

